

EL CONGRESO SOCIALISTA

Del Congreso extraordinario del Partido Socialista Obrero Español, clausurado el pasado domingo, cabe subrayar, en primera instancia, el triunfo personal de Felipe González, que obtuvo, para la candidatura de la nueva ejecutiva que encabezaba, una abrumadora mayoría. Se cerraba así el paréntesis abierto, al final del XXVIII Congreso del partido, el pasado 20 de mayo, cuando Felipe González dimitió de su cargo, forzado por la posibilidad de provocar una auténtica escisión en las filas de los socialistas. Entonces el caballo de batalla fue la definición, como marxista, del partido. Cuatro meses después, el PSOE ha quedado definido como un «partido de clases, de masas, democrático y federal», que asume el marxismo como un instrumento teórico y crítico «para el análisis y transformación de la realidad social».

Sin embargo, aunque los socialistas hayan perdido dogmatismo en sus planteamientos definitivos, y se haya cerrado la crisis abierta en mayo, el Congreso ha resultado menos importante y menos clarificador que lo esperado. El PSOE ha acallado las diferencias surgidas en su seno, aplastando prácticamente al llamado «sector crítico», del que ha tomado sus planteamientos a la hora de perfilar la ponencia ideológica, pero al que ha descartado absolutamente a la hora de conformar los órganos directivos del partido. Si bien es cierto que no por ello ha acentuado su izquierdismo, con los obligados matices revolucionarios, tampoco ha reforzado sus fundamentos socialdemócratas. El PSOE busca, en definitiva, una democracia socialista, no una socialdemocracia, y la sociedad que sus postulados preconizan es una alternativa global y completa a la sociedad que llaman, genéricamente, «capitalista», «por ser ésta intrínsecamente injusta y explotadora».

No ha habido, en definitiva, cambio de orientación, aunque los delegados al Congreso hayan rechazado una posible unión y entendimiento con el Partido Comunista. Felipe González ha conseguido reforzar su persona dentro de las estructuras socialistas, triunfando sobre una tradición marxista dogmática que podía considerarse como un lastre para la posibilidad de erigirse, en el terreno de lo práctico, como una alternativa de poder al Gobierno de UCD. Con una resolución vagamente revolucionaria y una ejecutiva moderada, Felipe González ha logrado una síntesis que, al menos de momento, parece revelarse como suficiente para mantener unido al bloque sustancial del partido y para homogeneizar tendencias. El eje fundamental del PSOE es desde ahora, sin ningún género de dudas, la propia persona —y la personalidad— de su confirmado secretario general.

Con todo, el Congreso extraordinario ha devuelto las aguas socialistas a su cauce, evitando radicalizaciones que pudiesen traspasar el terreno teórico y transvases significativos a otros partidos situados más a la izquierda. Nuestra democracia pluripartidista, el equilibrio de fuerzas e intereses del espectro nacional y la deseable convivencia nacional, necesitan —siguiendo el modelo europeo que también nos hemos marcado como meta— de un Partido Socialista fuerte y homogéneo, en su moderación, cuyas presiones sirvan para vitalizar el cuerpo social y no para quebrantarlo con indeseables y peligrosas utopías.

Ni los socialistas de Felipe González, ni los partidarios de un modelo de vida y de sociedad cristiana y occidental, democrático y evolucionista, alejado de tentaciones revolucionarias de cariz totalitario, entre quienes nos contamos, hemos sufrido ningún tipo de convulsión con los acuerdos y las personas elegidas en el Congreso extraordinario del PSOE. Las distancias respecto a una serie de aspectos fundamentales, en lo social, lo económico y lo político, con este socialismo, permanecen invariables —porque la eliminación de la palabra marxismo de la definición partidaria ha sido un gesto más efectista que efectivo—, pero cabe la satisfacción de señalar que no han aumentado, que tampoco se han cerrado las posibles y deseables vías de diálogo.